

servó en la revolucion de julio es y será su eterna pesadilla.

En cuanto al resultado que dió la heroica hazaña de ametrallar la magnífica casa que hace frente á San Sebastian, le ha presentado un escritor con tanta exactitud, que no podemos resistir al deseo de copiar su breve relato.

«Muchos dias después del triunfo de la revolucion nadie pasaba por la calle de Atocha sin detenerse delante de una magnífica

sin que viésemos siquiera á los que los lanzaban. Desde la casa del señor Rivero, de quien soy amigo, se nos hacia un fuego mortífero, que era necesario acallar si se habia de salvar sin la deshonra de una retirada la pequeña columna de que era responsable. Me ví, pues, obligado á hacer jugar la artillería para apagar los fuegos de aquella bien defendida casa, causando los destrozos consiguientes á la obstinacion del ataque y la defensa. Nada adelanté, sin embargo; desalojada la casa de Rivero, el fuego partía de otras y de las esquinas inmediatas, continuando las bajas y viéndome obligado á tomar una actitud defensiva.

Ya entonces comprendí mi error. Conoci que aquellos hombres eran progresistas, y mi corazon sintió no hallarse á su lado defendiendo los mismos principios, y créame, mas me habria envanecido combatir con ellos que no en contra, pues durante once años nunca he perdido la ocasion de hacerles comprender las ventajas naturales del pueblo cuando se lanza al combate.

En este estado saqué mi cartera, y en una cuartilla de papel, á caballo y sobre el sombrero de un guardia civil, puse á la autoridad superior militar un parte escrito con lapiz en los siguientes ó parecidos términos: «Estamos al frente de una verdadera revolucion; sostengo este punto por no faltar al honor militar, pero en anocheciendo recogeré mis heridos, equipo y tropa, y marcharé al Prado á tomar una posicion enteramente defensiva.» Así lo hice en efecto, emprendiendo mi retirada á las diez de la noche sin abandonar mis heridos ni perder un fusil.

En el dia 19 no he combatido, pues ya era inútil, limitándome á montar el servicio que dieron las tropas de Buena-Vista; pero todos los puestos y casas ocupadas tenian instrucciones defensivas, y yo en este dia no he oido una bala.

Esta es la verdad franca y sincera de la parte que me ha cabido en los sucesos de las altas horas de la noche del 17 y de la madrugada y tarde del 18. Téngase presente al juzgarme, no ya mi vida política que dejo trazada á grandes rasgos, pues no creo haya ni uno solo que ponga en duda mis servicios á la causa de la libertad, mi abnegacion, mi desinterés, mi patriotismo: el juicio público que yo demando debe abrirse después de las palabras que dirigí al general Quesada la noche del 17, en que mandándole el general Lara hacer uso de la artillería, le recomendé la calma y la prudencia; debe abrirse desde el instante en que contemplando yo las llamas y los escesos en casa de Salamanca me llevó mi exaltacion á defender la familia y los intereses del amigo. Ni yo defendia entonces al ministerio, que tampoco existia, ni sin ultrajar mi conciencia, ni lastimar mi pasado, ni marcar mi frente con el sello de la mas afrentosa ignominia, hubiera podido defender al anterior. Se engañan, pues, los que creen que al defender yo la casa de Salamanca podia defender la causa política á que se encontraba ligado: ¡jamás! y lo juro por el nombre que llevo. La amistad de don José Salamanca no ha influido en mis actos como hombre político; amigos éramos como hoy en 1844 en que se encontraba íntimamente ligado al general Narvaez, y yo acometí contra este una lucha desigual y de muerte; amigos éramos en 26 de marzo de 1848, y Salamanca no sabia una palabra de lo que se preparaba, y á tal punto, que habiendo ido á esconder unos papeles á su casa en la hora

casa que hace frente á San Sebastian para contemplar los destrozos ocasionados en ella por las fuerzas de Gándara.

Estaban las puertas acribilladas por la metralla, rotas las persianas, taladradas las paredes, destruidas las molduras.

En dicha casa no habia mas que nueve ó diez combatientes de los cuales no pereció ninguno, pero murió un pobre escarolero que se habia guarecido en la escalera, y cupo la misma suerte á un bra-

critica, dejé salir sus hijos al Prado sin siquiera prevenirle del riesgo que corrian. En cuanto á sus negocios, juro por mi honor y por el nombre que llevo, que jamás he tenido la menor participacion ni conocimiento de ellos, y su amistad no me ha valido nunca un solo maravedí, ni directa ni indirectamente. Si tiene grandes defectos, si es perjudicial, como muchos creen, no es el amigo querido de su corazon el que así debe considerarlo: algunas veces he comprendido que podria verse acusado; pero confieso que nunca imaginé que el pueblo de Madrid incendiara su casa, y todavía pienso con algun fundamento que aquel desastre fué hijo de una venganza personal. Las escenas de su casa fueron, pues, las que me precipitaron, y hoy que las considero con frialdad hallo que habia motivo; por lo demás, tanto él como yo huíamos de hablar de política por evitarnos disgustos. Una vez tan solo tuvo lugar después de mi vuelta, y presentándole la situacion como yo la veia, me dijo: «En España no hay un corazon mas pronunciado que el de usted.»—Es verdad, contesté, pero no alijo al amigo.—«Su puesto de usted, repitió, es el campo progresista y no O'Donnell.»—Es verdad, le dije, y eso es lo que haré en el momento que se pronuncie cualquiera.

He terminado la tarea que me habia impuesto, relatando fielmente los sucesos en que me he visto envuelto y que con pena me mantienen alejado de mis compatriotas y de los numerosos amigos con quienes compartí tantos trabajos por el triunfo de la libertad. Yo no sé adular; he sabido, sí, servir siempre al pueblo, y si la revolucion se hubiera iniciado de otra manera, nadie se hubiera puesto delante de mí, y nadie hubiera osado detenerla, sin ser completa ó sin que yo hubiera perdido la vida en la demanda. Si por algo he sufrido en mi retiro, ha sido por haberla visto estéril, sin carácter, sin valor cívico ni revolucionario; los que de ella se apoderaron, enemigos unos, serviles otros, cobardes los mas, el miedo fué el lazo que los unió, el miedo su consejero, y un triste legado sus insignificantes y raquíticas disposiciones para los que vinieran después á gobernar.

Que no se tomen estas reflexiones por hacerme valer; pero es lo cierto que así las hacia, cuando por todas partes se me buscaba para matarme.

Si yo no me hubiera comprometido en julio, tal vez los enemigos de la revolucion no se hubieran apoderado de la palabra *orden*, con lo que tanto mal la hacen; el *orden* mas inflexible la hubiera distinguido; pero si era necesario castigar sin conmiseracion á los que á su sombra cometieron escesos, tambien hubiera habido justicia, y justicia *ejemplar* para los que la habian hecho la mas justificada de cuantas ha habido en el mundo.

Concluyo entregando al juicio de mis compatriotas todos los actos de mi vida política. Si su juicio me es favorable, quedaré satisfecho, formando parte activa de la comunión progresista, á que siempre he pertenecido, y á la que, á pesar de su triunfo, veo en mal estado. En otro caso, tranquilo en mi conciencia, habré hecho por volver á ella lo que mis sentimientos y mi deber exigen, y en donde quiera que esté seré siempre liberal, honrado y buen español.

Bayona 16 de setiembre de 1834.—JOAQUIN DE LA GÁNDARA.»

vo ciudadano que vivía en el cuarto entresuelo y que se hallaba sentado tranquilamente en su butaca tomando café.

El desgraciado se había batido en aquel mismo día á cuerpo descubierto en la Plaza Mayor, y se volvió á su casa para rehacerse de sus fatigas.

Halló la muerte donde no creía correr ningun peligro.

En general los cronistas cuando recorren los campos de batalla no hacen mas que contar el número de muertos, y este cuadro es por sí solo muy espantoso.

¡Cuánto mas lo sería si les fuese posible presentar á las víctimas, no aisladas, sino en sus relaciones de sociedad y de familia!

Entonces cada cadáver que se encuentra en el campo suministraría tal vez el argumento de un drama horripilante.

Porque el que muere tiene hermanos que le quieren, hijos tal vez cuya suerte dependía de él, una esposa ó una amante que no puede vivir sin su amor, una madre cariñosa que le adora como adoran las madres á los hijos.

Sugiérenos estas tristes reflexiones la posición especial en que se hallaba el individuo de cuyo desastroso fin acabamos de dar cuenta.

Siendo muy jóven, tomó el hábito religioso sin tener la conciencia de los deberes que le imponía su nuevo estado.

Hizo rechinar mas de una vez la cadena de votos que le tenía amarrado al claustro, hasta que por fin la revolución le ayudó á romperla.

Secularizado ya, se prendó perdidamente de una mujer opulenta que correspondió á su amor, y practicó inútiles gestiones para quedar relevado de los votos que le impedían unirse con ella en matrimonio.

Hizo por fin un viaje á Roma, y obtuvo del Santo Padre la dispensa que solicitaba.

Regresó á España, tomó en la revolución una parte activa, y murió precisamente dos días antes del que tenía señalado para dar el nombre de esposa á la que había sido constante objeto de su predilección.

Debemos dejar consignado el arrojado de un jóven delantero de diligencias, de muy tierna edad, que durante la malhadada y desastrosa expedición de la tropa la fué siguiendo y hostilizando á cuerpo descubierto, de un modo tan certero, que raro era el tiro que no aprovechase. Mas ¡ay! después de mil hazañas, cayó mortalmente herido el día siguiente á corta distancia de la guardia del Principal, á la cual estuvo luengo rato hostilizando sin parapetarse ni siquiera para cargar el fusil.

Una mujer hizo también prodigios de valor, con el arma de fuego que con sus propias manos arrancó á un guardia civil, y no quiso ceder á ninguno de los muchos hombres que la solicitaban.

Iba el pueblo ganando terreno en todas partes, y hubiera sido breve, decisivo y completo su triunfo á no faltarle armas y municiones, pues tal era la escasez de pistones, que para suplirlos se valieron algunos de cerillas fosfóricas.

La camarilla y sus instrumentos, debieron comprender que era ya imposible sobreponerse á la decisión, al heroísmo del pueblo de Madrid; puesto que después de reforzar con crecidas fuerzas las inmediaciones del régio palacio, hicieron retirar á las tropas que se hallaban diseminadas por la población.

Desde entonces quedó el paisanage dueño de todo Madrid; pues los soldados concentrados en sus respectivos cuarteles, permanecían en ellos como sitiados.

El miedo que amilanaba á la *camarilla* hacia germinar en palacio tal desórden, que los nombramientos de autoridades y ministros se sucedian por instantes.

La capitania general fué conferida á Narvaez (don Francisco), á quien sucedió á las pocas horas Campuzano, que á su vez fué muy en breve reemplazado por Mata y Alós.

El principal deseo de la *camarilla* era evitar que la revolucion triunfante penetrara en la morada régia, donde se habian guarecido todos los criminales de alta gerarquía, y fué verdaderamente formidable el aparato que se desarrolló para la defensa del real palacio. Imponentes parapetos con piezas de artillería custodiaban el pórtico llamado del Príncipe; pero habia además doce cañones en la plaza de Armas y patio principal, y cuantos escuadrones de caballería existian en Madrid, con el pié en el estribo los que no estaban montados y lanza en ristre para obedecer á la primera señal de ataque.

La sangre española que en aquel aciago dia habia regado las calles de Madrid como en el dos de mayo de 1808, no era sangre vertida por huestes extranjeras, era sangre de hermanos que luchaban contra hermanos, y hé aquí por qué suponemos que los señores ministros se hallaban supeditados por una camarilla sedienta de venganza.

Los víveres escaseaban en palacio, y era cada vez mas crítica, mas apurada y aflictiva la situacion de los que se cobijaban bajo sus marmóreas techumbres.

Tendió la noche su negro crespon sobre la coronada villa.

Iluminóse espontáneamente la poblacion.

Semejaba un cementerio con hachas encendidas en derredor de las tumbas.

Un silencio sepulcral hacia mas pavoroso su aspecto.

Este silencio era interrumpido por el *quién vive* y la voz de *alerta* del valiente pueblo que velaba por su libertad.

Un grupo de paisanos se situó en la Plaza Mayor y otros se posesionaron de las del Angel, Santa Ana y Progreso.

Ya que estamos en la plazuela del Progreso, entraremos en casa de don Nicomedes y doña Úrsula, para dar un pequeño solaz á nuestros lectores.

